

## LOS MODOS DE COSER



**C**UANDO pienso en las costureras que había en las casas burguesas de mi niñez no puedo menos que calibrar los tiempos. Aquellos núcleos familiares estaban contruidos alrededor de un núcleo más fuerte. Eran consecuencia de una

estructura muy antigua, que venía de los tiempos en que todo el hogar apenas salía de sí mismo y en que cada casa era un pequeño universo. Ramona, la costurera que había en mi casa, a la que venía dos veces por semana, estaba llena de manías y de chifladuras, entre ellas, la de no poder soportar la presencia de una sola polilla voladora en el ambiente en que se hallaba. Esas manías había que respetarlas. De modo que, en un tiempo en que los insecticidas estaban en el remoto pensamiento de Dios y en el caos precreecional, había que recurrir a infinidad de estratagemas para que esos insectos no profanaran el recinto donde la costurera, frente a su máquina de coser, realizaba su labor paciente, infatigable, durante toda la jornada. El mundo de esos personajes subalternos del clan familiar es de Proust, que en París y Guermantes nos ilustra sobre la fisonomía de costureras y de ayas, de esos seres que eran como de la propia familia, o aún más: que eran para los chicos la significación entera de la familia.

La costurera de mi casa era una síntesis de lo que eran todas las costureras, y el pequeño mundo que presidía tenía las condiciones y detalles que sería posible reconocer en todas sus colegas de entonces. Era increíble lo que podía contener, y contenía, el costurero, donde guardaba los hilos, las agujas, los alfileres, las trencillas, las puntillas, las cintas, los "perlés", las madejas, todo él lleno de cajoncitos y de pequeños escondrijos o de almohadillas forradas de terciopelo donde clavar imperdibles y alfileres. De aquel armónium de muchos registros salían luego los fruncidos y los pliegues que las niñas llevaban y que, consecuentemente, se parecían a costureras y tenían las líneas de los muebles del tiempo. Una vez en la calle y sobre sus pequeñas víctimas esos vestidos oían todavía a cerrado y a misteriosa elaboración, a cerebral creación en un laboratorio sin polillas. Vivíamos entonces en las postrimerías de la luz de gas; o, mejor, en algunas de las habitaciones de la casa las lámparas todavía tenían el camión del gas puesto bajo las petulantísimas arquideas y globos que les servían de pantalla. La tez de las gentes de la edad de la costurera de mi casa había quedado sutilmente teñida del reflejo del gas, tenía la palidez y la impronta fantasmal y mate de esa luz macilenta, pero clara y ofuscante, del gas del alumbrado doméstico.

La elaboración de un vestido se hacía por la ampliación de unos patrones con muchas piezas sueltas y se parecía a un verdadero tratado. Asimismo, encajaba con las demás características de la figura femenina. Porque no era sólo la costurera; a la costurera debía seguir en las casas la peinadora, para que peinado y vestido concordaran. Estos otros seres nos parecían a nosotros entonces más misteriosos y temibles. Sea por el protervo instrumental que llevaban en unas cajitas, y con el que se introducían en las alcobas más íntimas, que nosotros los chicos no podíamos hollar, sea por el porte distante y adusto, severo, de la que venía a mi casa, la peinadora no nos inducía a entrar en confianza y se parecía, en nuestra clasificación de los seres, a una comadróna o a una bruja. No así la costurera, que estaba plenamente instalada por su propio peso en nuestro derredor, y de la que conocíamos al dedillo todos los defectos y debilidades. Cuando se descuidaba revolvíamos en su canastilla y a veces, en una pausa de su labor, nos hacía, con papel, monigotes o gorros y aun caperuzones extraños, como de nazarenos o de fantasmas.

Vestir a una mujer o a una muchacha era entonces una operación delicada, casi un trabajo de ingeniería. Los vestidos llevaban un buen acopio de contrafuerzas y de corchetes, es decir, una buena parte de lo que hoy se llamaría carpintería metálica. En puridad, para vestir a las muchachas no existía una dogmática ni una estética determinada. En esa edad en que el tallo de la mujer no se ha definido ni concretado todavía, los vestidos de las chicas no tenían consistencia ni línea alguna definida. Lo que se perdía en diseño y perfil se ganaba en oropeles. La cintura estaba indecisa entre el pecho y la rodilla, sin determinarse en parte alguna. Todo el cuerpo se convertía entonces en un descampado lleno de flores y fruncidos, lo que motivaba el rubor romántico y el sonrojo de las usuarias, que los poetas atribuían a sentimientos más graves y específicos. Con esas muchachas, que no podían mostrar un embalaje conspicuo, se casaron muchos de nuestros abue-

los, aun sin llegar a discriminar previamente los atisbos de la estructura de sus cuerpos. Es natural que, en esas circunstancias, no se mirara más que a la cara y que la gente eligiera mujer por el azul de los ojos o por el rubor de las mejillas. Con tan escasos datos ha nacido la prole actual y se ha poblado Occidente de hombres maduros, de ingenieros y de eruditos. De tan indefinibles talles ha surgido, empero, la cría que ha hecho dos guerras y que se dispone a conquistar la Luna.

Ese mundo que se vistió despacio y con parsimonia, que llevó encima la carga de papel de las primeras pruebas apuntado con alfileres, ha brotado probablemente la urgencia de la simplificación, el bikini, el monobikini y demás formas del desnudo. En pocos años la juventud femenina ha bailado la danza de los siete velos. Ha habido un arrumbamiento general de los costureros, sólo conservados en algunas casas como reliquias y de los que, alguna vez, transitando por las almonedas, descubrimos algún ejemplar ilustre, de museo. El paso del tiempo ha pinchado definitivamente sus almohadillas, ha deshinchado el terciopelo a alfilerazos y ha convertido en pequeños ataúdes del tiempo huido los cajoncitos y los artilugios de la madera, sólo llenos de polvo.

Hoy priva el "prêt à porter", es decir, el vestido femenino que se descuelga de una estantería en un almacén y que puede lucirse por la noche o al día siguiente por las calles. Las revistas ilustradas sirven a las mujeres toda clase de diseños, atendiendo a la simplificación de la línea y a la rapidez de su confección. Por debajo de esas simples estructuras textiles, amanece la línea femenina con lo que pueda marcar de su peculiaridad. Si la moda de hace medio siglo constituía un esfuerzo por disfrazar los diseños de la carne, la de hoy tiende a subrayarlos o, por lo menos, a peculiarizarlos. Las mujeres de hace medio siglo, bajo sus oropeles, eran una sola y todas la misma a causa de su manera de vestir. Al contrario de lo que ocurre con otros aspectos de nuestra condición social, no es hoy el vestido lo que unificaría a las mujeres, sino el concepto de su línea biológica. Las mujeres tienden a no perder eso que llaman "la línea". El tipo ideal de mujer es espigado y alto de tallo, y todos los esfuerzos que ellas hacen van destinados al cumplimiento de ese ideal. Hace cincuenta años el ideal era la mujer llena de carnes, y cuando ella no había llegado a esa sazón la modista ya no sabía qué hacer con ella. Hoy se simplifica la significación de los cuerpos, mientras que antes la mujer era una escultura que había que completar y que terminar.

### diez duros de moda

Cierta emisora radiofónica ha convocado un concurso de corte y confección para premiar al mejor vestido elaborado por una cuantía inferior a las cincuenta pesetas. Bien entendido que en esta cifra tiene que caber todo lo que en cuanto a inversión este vestido contiene: de la tela a los botones, las cremalleras y el hilo. Todo, menos, claro está, la mano de obra.

A cualquiera de nosotros, legos en la materia, la convocatoria nos parece una temeridad, un absurdo. La primera pregunta que nos hacemos es la de si es posible que una mujer llegue a poder llevar un vestido por sólo tan precaria cantidad de dinero. Y, sin embargo, así es. Si las concursantes consiguen obtener la materia prima a un precio conveniente —lo que tampoco nos parece tan fácil— lo demás corresponde a la inventiva y a la habilidad de cada muchacha. Naturalmente que lo que no se pide en el concurso es la duración del modelo, apto sólo para ser exhibido en la ocasión del certamen. Probablemente ya se cuenta con que la tela con que se haga sea una tarlatana, por ejemplo. Se trata sólo de premiar la habilidad y el sentido económico de las concursantes.

Bien pudiera ser que la ganadora del certamen fuera, pues, una modista extraordinaria que eliminara de la cotización del vestido justamente aquellos elementos que lo valorizan en el mercado y que son impalpables y sutiles como el aire. Un Balenciaga, un Pedro Rodríguez o cualquiera otro de los grandes maestros de la modistería femenina, en realidad lo que cotizan y cobran, hasta cifras deslumbrantes, es el aire que envuelve a sus creaciones, pero no las creaciones mismas. Como en el crédito bancario, lo que vale es la firma. Si ese mismo modelo creado por una "firma", lo logra una desconocida por cincuenta pesetas, lo que valga el vestido será no más que eso: cincuenta pesetas.

Lo que hacen los grandes modistas en realidad es, pues, muy poco más que coser el aire. El precio de las telas que convierten en moda no alcanza nunca en la cotización un diez por ciento del valor total de la obra. He aquí pues que el costurero de la vieja Ramona ha pasado ya a ser hoy pura entelequia inventiva de unos diseñadores, a veces geniales, y que los modistas de hoy, sobre el cuerpo de la mujer, no ponen más que el paso de una brisa inesperada.